



EL REBELDE

VOCERO LIBERTARIO

Int. Instituut
Soc. Geschiedenis
Amsterdam

Epoca 4^a Núm. 21

Orizaba, jueves 9 de agosto de 1923

Precio del ejemplar: 5 cs.

Policia por el inspector y algunos pe-
rros, de cuyos golpes conservaba las
huellas.

Y en medio de la indiferencia del
elemento trabajador, del beneplácito
de los mixtificadores que ven en todo
compañero de ideas sanas un peligro

para la conservación de sus privile-
gios, de la irónica sonrisa de los go-
bernantes que se dicen revolucionarios
y de la cobardía de los que estuvimos
a despedirle, partió el barco, lleván-
dose a una víctima del brillante artícu-
lo 33.

sal, que unirá a todos los hombres de
la tierra. Ideal sublime que, derriban-
do todas las fronteras de la tierra, bor-
rará el encono antagónico de castas y
de colores, unificando por medio de
la ciencia a todos los seres humanos
dentro de la más sana fraternidad.

Comunismo anárquico, que traerá
la igualdad tan necesaria para las
clases oprimidas y explotadas, borran-
do con esto la explotación del hombre
por el hombre.

Idealidad sublime que no admities
holgazanes dentro de tu seno, sino a
todos los productores, a todos los que
con el sudor de su frente y con sus
manos callosas conquistan el pan para
sus hijos.

¡Anarquía!, concepción única, ne-
gación de gobierno, porque nadie es
más que nadie para mandar asesinar
a sus hermanos. Todos somos compe-
tentes para no tolerar la tiranía de
nadie, para castigar a los osados que,
desoyendo su conciencia, se deciden
por la maldad, vendiéndose al que
más puede, al fuerte, a las bayonetas.

¡Alerta, compañeros!, duro contra
el futurismo político.

FRANCISCO LUNA.

Sebastián San Vicente Fue Desterrado

El día 16 del mes pasado fue em-
barcado rumbo a La Coruña, España,
el compañero Sebastián San Vicente,
por el delito de haber nacido en el
otro lado de los mares y trabajar en
este país de los Gasca y Obregones,
por las libertades humanas.

«El Dictamen» del día 17, al refe-
rirse a la deportación del extranjero
anarquista, dice que el gobierno tuvo
la feliz concepción de guardar absolu-
ta reserva, ya que se trataba de un
peligrosísimo personaje desterrado ya
en 1921, y que repetidas ocasiones ha-
bía escapado de manos de la reservada.

En efecto, efectuada su aprehensión
en la capital, nadie había podido loca-
lizarlo, y los compañeros de la ciudad
de México pasaban el tiempo en an-
dar de comisaría en comisaría y de
palacio en palacio, entre tanto en Ve-
racruz se le tenía rigurosamente in-
comunicado en la Mayoría de la Pla-
za, con centinela de vista y emplazada
una ametralladora en el lado izquier-
do de la puerta de su encierro.

Víspera de su destierro, los compa-
ñeros de Veracruz descubrieron su
estancia y lograron saber por él, que
sería embarcado al día siguiente y
que solicitaba le proporcionaran ropa
y recursos, que las agrupaciones de
Veracruz y el Sindicato de Inquilinos
de Orizaba, pudieran suministrarle
el día de su partida.

Pocas fueron las palabras que con
él cruzamos, porque los perros de
tierra no lo permitían, y los de mar,
luego que estuvo sobre cubierta, com-
prendiendo que ya no estaba al alcan-
ce de los trabajadores, lo encerraron
en el cuarto de banderas, vejándolo y
maltratándolo en persona el capitán
del «Alfonso XII».

Lo que brevemente pudo decirnos
es que, el día de su aprehensión, fue
golpeado en la Inspección General de

El Ideal Anárquico y sus Detractores

Para muchos de nuestros hermanos
de clase, cuán poco comprensibles son
las ideas libertarias; cuánta mixtifica-
ción han creado individuos cuya ma-
levolencia e interés son tan visibles,
que sólo para los bebés pasan des-
apercebidos.

Cuánto egoísmo, cuánto odio encie-
rra la individualidad de estos detrac-
tores, de estos mixtificadores de la
idealidad que ilumina el cerebro del
elemento productor, el hacedor de to-
do lo creado material e intelectual-
mente.

Si algunos de nuestra clase tienen
responsabilidad por el estancamiento
de la lucha social, son estos elementos
que desgraciadamente se han colado
dentro de los gremios obreros recomen-
dados por eminencias gubernamenta-
les, con la maldadada intención de
crear dentro de nuestra clase prosélitos,
esto es, simpatizadores que los de-
fiendan, haciendo causa común con su
modo de medrar.

Desgraciadamente, como todo lo
malo tiene sus adoradores, y como el
cebo de que se valen estos degradados
es el paraíso prometido, o sea el es-
calamiento de los puestos públicos, no
faltan incautos que se trastornan con
el canto de sirena de estos enbaucado-
res. Y ya sugestionados con la baba
inmunda del político, no encuentran
otro modo de mejorarse que con el
festín electoral, soñando de ese modo
llegar al máximo de sus aspiraciones
para saciar sus apetitos, sacando de
ese modo la tripa de mal año, a des-
pecho de sus hermanos de clase.

Esta es la labor de tales iscarotes,
de estos tráfugas que así desdican y
combaten el ideal libertario, porque
convencidos están de que la anarquía
no se presta para buscar mejoramien-
to individual, sino colectivo.

Estos son los que se amparan pri-
mero bajo la bandera roja, con la ban-
dera del proletariado, y después cob-
fíanse con la bandera tricolor, con la
bandera gubernamental, con la enseña
política.

Para fortuna de los desheredados,
pocos son los prosélitos que ayudan a
la clase parasitaria, a la minoría de
politicistas y vividores que, ilusio-
nados con ser mañana cobradores de
mercado, polizontes, defensores de la
hiena capitalista, porque los puestos
más gordos son para sus compañeros
más encompadrados con el capital, de-
sertan de ese modo de las filas pro-
letarias.

Qué decepción, qué desilusión para
esos incautos, víctimas del dolo de
esos vividores; qué sacrificios tend-
rán que hacer cuando se convencen
de la falacia de esos cínicos sugestio-
nadores de las masas, cuyo sentido co-
mún lo tienen en el estómago. Algu-
nos de estos tráfugas que antes se
creyeron anarquistas, hoy los tene-
mos controlando puestos públicos;
otros a quienes la fortuna no ha pre-
miado sus desvelos, se conforman con
comisioncitas dentro o fuera del país,
pero que no obstante esto, todavía
piensan en la silla municipal, donde
descansan de sus fatigas obrerísticas.

Pero cuando no han logrado los fi-
nes políticos que persiguen, entonces,
por despecho, aun se sienten liberta-
rios y desafían a sus enemigos políti-
cos con la revolución social.

¡Pobres ilusos que aun pretenden
arrancar de manos del capitalismo el
poder gubernamental, cómplices del
mismo y de la clerecía, puesto que
aspiran a regir los destinos de los
pueblos, y, cuando impotentes, el ca-
pital y la clerecía los vence, entonces,
con el despecho del vencido, asustan a
sus contrarios con la tan cacareada
revolución social!

Cuán distinto es el ideal de libertad,
igualdad y fraternidad, o sea el comu-
nismo anárquico; ideal sublime que
no admite dentro de sus filas sino a
hombres honrados, hombres que su
ambición no sea más que la conquis-
ta completa de los derechos y la con-
quista completa de la libertad, no ad-
mitiendo más ley que el amor univer-

Kurt Wilkens Ha Muerto...

Podríamos decir que Wilkens ha si-
do asesinado, pero nos atenemos al
eufemismo de la prensa burguesa, que
llama asesinos a unos hombres y ma-
tadores a otros, según sea la calidad
de las personas a quienes quitaron la
vida.

Cuando Wilkens, cumpliendo con
un mandato imperativo de su concien-
cia, ejecutó al coronel Varela en la ca-
pital de la Argentina, los periódicos
hablaron de un asesino y un asesinado.

Hace pocos días, un telegrama anun-
ció que un centinela había matado de
un tiro al asesino del mancebado coro-
nel, que como se recordará, había pa-
cificado una región, haciendo cavar a
quinientos hombres la fosa donde ha-
bía de enterrarse después de ser
fusilado.

Al coronel Varela se le calificó de
pacificador, y de asesino a Wilkens;
y ahora, al centinela que lo mató de
un tiro en su propia prisión, se le lla-
ma sencillamente matador, porque se-
gún las normas impuestas por un có-
digo, cumplió con su deber.

Cultivemos, pues, el eufemismo, y
digamos que Wilkens murió también
cumpliendo con su deber, pues al re-

cibir el tiro que le quitó la vida, parece que intentaba fugarse de la prisión. ¡Y nada tan grande como el derecho a defender la libertad que todos tenemos! Tanto cuando lo ejercemos en la calle, como cuando escalamos un muro de una prisión para salir de ella.

Sirvan estas líneas de recuerdo para el compañero Wilkens, que si supo perder la libertad realizando un acto que creyó justo, supo también perder



la vida por la reconquista de la libertad perdida.

Escrito lo que antecede, leemos que se ha declarado la huelga en Buenos Aires, como protesta en contra de la muerte del compañero Wilkens.

(De «Tierra y Libertad», de Barcelona.)

A la Juventud

A ti, juventud; a ti nos dirigimos.

A ti que has emprendido el camino que nos conduce hacia la charca inmundicia y cenagosa, origen de la perversidad y degradación de nuestro ser.

El camino que has emprendido es el torcido y, por lo tanto, el más difícil para llegar a romper el eslabón maldito que nos esclaviza y nos condena a morir de hambre y de miseria y a sufrir las más horribles vejaciones. Tomando el camino más recto llegaremos a la cumbre del amor y la felicidad de que carecemos y lograremos abolir la esclavitud que nos oprime. Si nosotros tuviésemos la capacidad de los Kropotkine, los Bakounine y los Reclus, etcétera, nos explicaríamos mejor, para que este pequeño escrito llegase a vuestro corazón adormecido y vuestro ser degradado por todos los vicios.

Pero lo que sentimos, en lo poco que hemos aprendido de los grandes maestros anarquistas, lo exponemos ante la juventud, para que abandone los antros en que se envilece y venga a engrosar las filas revolucionarias, y así derribar los obstáculos que se oponen a la manumisión del hombre.

¡Juventud!, en ti se basa la redención de la humanidad que produce y sufre, y tú eres la llamada a romper las cadenas que nos sujetan en campos y talleres.

Nuestros explotadores amontonan el oro en sus gabetas que luego derrochan en orgiásticos placeres, mientras que a los trabajadores nos acorrala la miseria y somos lanzados

al arroyo, y si protestamos, muchos de los nuestros riegan las calles con su sangre.

¡Juventud! debes luchar por la libertad del pueblo, abatiendo la tiranía que nos oprime, hasta lograr que

en la tierra seamos todos para uno y uno para todos, sublime principio de solidaridad que debe encauzar las aspiraciones de los explotados de todo el mundo.

DANTON.

DISCUTAMOS SOBRE ORGANIZACION

Todos, unos más, otros menos, nos lamentamos del sistema de organización, de sus deficiencias, sus procedimientos, sus métodos, y de los hombres que la dirigen; pero nos amedrenta tratar de ella y nos causa pereza laborar por ella.

En efecto, nuestras organizaciones obreras dejan mucho que desear. En su torno se agita un vacío desolador. Los coasociados están continuamente descontentos, ora porque no palpan mejoramiento alguno; ora porque se ven acosados por la misma Unión o Sindicato, que les grava con cuotas, subsidios, multas, colectas, etc.; ora porque sus asuntos se dilatan meses sobre meses tramitándose ordenada y diplomáticamente, resultando a la postre, las más de las veces, una rotunda negativa al objeto que se persigue; ora porque son arrastrados a huelgas que fracasan y que sólo obedecen a fines políticos maquiavélicamente preparados.

Las convenciones se suceden año tras año, discutiéndose y aprobándose largos articulados de peticiones y reglamentación hasta para el régimen interior de cada hogar, o brillantes proyectos y acuerdos, hasta para contrarrestar los vicios individuales, acuerdos que culminan en prescripciones de ley o simples promesas escritas, recalçadas en un empalagoso y kilométrico discurso de algún presupuestivoro que será el uncido con la representación general, primero, y más tarde con el voto público, y quien después de analizar todos y cada uno de los acuerdos de los convencionalistas, termina diciendo: "para que estos trascendentalísimos trabajos sean una realidad, es preciso que conquistemos los puestos públicos".

Y pasa otro año, una nueva convención, una nueva oportunidad para pescar algo, un desembolso más de algunos miles de pesos por parte de la Tesorería General de la Nación, o el sacrificio de los agremiados para sostener sus delegaciones, y la vida del paria lo mismo que antes. En el taller, las inconsecuencias y exigencias de los capataces, la tacañería de las industrias, el constante peligro de un accidente o de la pérdida del trabajo. En la casa, los sabores de la familia, las enfermedades, la insuficiencia del salario, los prejuicios de la compañera, madre o padre, y las deudas por los

vestidos, la renta y hasta por el vicio. En la agrupación, las asambleas monótonas, fastidiosas, en las que sólo se escuchan adulaciones, ataques, intrigas y se toman acuerdos descabellados.

—Más vale no organizarse—declaran algunos compañeros—. Organizarnos, mejoramos bien poco; desorganizarnos, no mejoramos nada, pero no contraemos ninguna obligación.

Estas palabras, lejos de ser el saetazo del renegado, como lo creen muchos, son la acusación de la víctima que quiere y siente la necesidad de organizarse, pero no en tales condiciones, y por eso dice "más vale no estar organizados".

Acusan debilidad, efectivamente, de parte de quien las pronuncia, y mucha falta de conciencia, pero también acusan muy terriblemente que nuestras organizaciones obreras no están a la altura de las circunstancias, que no satisfacen las exigencias del proletariado y corren parejas con el pasado, contravinien-do el fin que las motivó y combatiendo las mismas causas generatrices de su existencia.

¿Cómo colocarlas a la altura que les corresponde y hacerlas que cumplan su objeto? Sacándolas del estado de inacción en que vegetan, impulsándolas a dejar su actuación absurda de sombreros suplicantes y conciliadores y, sobre todo, arrancándolas de las garras nefastas de los social-alcahuetes del capital. Y para ello hay que discutir sobre organización, analizando la estructura de cada entidad orgánica, deduciendo e indagando el por qué de cada cosa, sin temores de ninguna especie y a despecho de los arregla-pleitos que sacan de este estado de cosas buena tajada y, por ende, no quieren que lleguemos a la comprensión de lo que es una organización de clase y para qué debe servir.

Toda organización, por rudimentaria que sea, siendo obrera, tiene como principal objeto la defensa de los intereses de los agremiados (su trabajo, su jornal y su salud); se determina una línea de conducta, precisa la necesidad de conquistar nuevos derechos que, como productora, le asisten, y afirmándose en que sólo quien produce tiene derecho al fruto de su trabajo, se decide a ir en pos de su emancipación de todo parásito

y, por lo mismo, declara resuelta y convencidamente que alcanzará la felicidad humana con el derrocamiento del actual sistema capitalista y de cualquiera de su índole, por innecesario y criminal.

En todas las bases constitutivas de las agrupaciones obreras, velada o abiertamente se declara que la base fundamental de la organización es la lucha de clases; que se condena al clero, por embrutecedor; al gobierno, por sostenedor del sistema capitalista, y al capital mismo, por expoliador y detentador de la riqueza social, observándose una práctica bien distinta y hasta contraria.

A menudo unas agrupaciones establecen cuotas para sostener bandas de música, que galantemente impulsan y dan lucidez a los festivos de las damas católicas, "Caballeros de Colón" o juntas de caridad.

Otras entidades obreras se dedican a respaldar al gobierno por el hecho de que es un compañero el que está en el poder y es deber de "clase" hacer porque tropiece con las menores dificultades posibles, para prestigiarlo y hacer que la sociedad tenga confianza al elemento trabajador; que, a más, denotando su competencia, puede un día, mediante el sufragio, apoderarse de todo el poder. Nada más estúpido que esto, puesto que la burguesía estará siempre alerta para sólo estar empalagando al elemento trabajador con probaditas de miel gubernamental, pero sin dejarle el panal.

A pesar de declarar guerra abierta al capital, continuamente es reforzado y sostenido por sus mismos enemigos, con sus pleitos gremiales heredados de las viejas cofradías de oficio o uniones gremiales, que por los años de 1780 se entregaban a incansables peticiones y litigios de gremio contra gremio y sostenían tenaz lucha por impedir que los aprendices llegaran a oficiales o maestros.

Residuos de esas luchas son el platillo del día; los gremios altos impiden la elevación de los gremios más bajos, económicamente, y las confederaciones se enferman de celo porque surge una organización independiente, a la cual tratan a toda costa de hacer desaparecer o someter a su control, empleando para ello el combate abierto, rompiéndole sus huelgas o facilitando a la burguesía medios para resistir más la presión de los huelguistas.

Para poder notar mejor esta morbosa influencia que determina la ineficacia de nuestras luchas, la inutilidad de nuestras organizaciones y que es la dinámica de constantes traiciones, precisa conocer el germen del mal y poder, lejos de vociferar en contra de la organización, remediar su condición, corrigiéndola.